

# CREACIÓN DE FUTUROS

Ejercicios imaginativos sobre el futuro de las artes vivas

Estamos en marzo del año 2040, te cruzas con alguien (esperamos que en persona y no por videollamada, vivan los cuerpos!) Y te pregunta: “en que estás metido?”. Esta fue la premisa para encargar una serie de artículos a diferentes personas vinculadas al ecosistema Graner durante marzo de 2020, en pleno confinamiento. Un ejercicio de ciencia ficción, de imaginación para reflexionar de manera divertida y, incluso, esperanzadora sobre los futuros posibles de las artes vivas.

## #2 · Lisa Gilardino

Camaiore, 25 marzo 2040

Elena,

questa notte ti ho sognata e mi sono svegliata con il desiderio di scriverti.

Ho pensato a quando c'è stata la prima pandemia tanti anni fa, a marzo 2020, e anche da lontano siamo state vicine. Tu a Barcellona e io a Bologna. Come quando tiri un filo di lana piano piano e lentamente si snoda il gomito e poi sempre più veloce prende vita indipendentemente dalle intenzioni, mi sono trovata sopraffatta dai ricordi.

E all'improvviso ho rivissuto le emozioni di quelle settimane che hanno sfidato l'immaginabile e hanno cambiato il modo di vedere il futuro, l'illusione di poterlo programmare, dominare, piegare al nostro volere. È stato lì che ho scoperto di poter parlare con piante e animali, sentire i pensieri e i sentimenti di persone lontane, quella che adesso chiamiamo è il modo di comunicare più semplice e diffuso, l'empatia telepatica universale, non esisteva. Era inimmaginabile.

In un attimo, ho sentito i sentimenti di allora come fossero di oggi, paura, confusione, spaesamento, perdita. E ancora solitudine, la terra che manca sotto ai piedi, un silenzio come non l'avevamo mai sentito, compatto come cemento.

Quando è iniziato il lockdown, per tanti giorni, appena sveglia piangevo moltissimo. Un pianto che nasceva dalla radice dei piedi e che trovava la sua strada attraversando il corpo in maniera irruenta, trasformando il primo respiro del mattino nell'urlo di un neonato.

Avevo empatizzato con il lutto diffuso, la sofferenza e la perdita di persone care, senza poterle salutare, nel mio piccolo soffrivo per la lontananza di tutte le persone amate, la mia famiglia nella zona più colpita dal virus, il lavoro da sempre una passione nutriente, una festa di visioni, progetti, viaggi e incontri, cancellato passo dopo passo, rimandato, slittava dal giorno del poi all'anno del mai.

Per il mio compleanno i miei amici mi avevano regalato un bellissimo albero, un melograno. Lo chiamai Ugo Il Fusto, perché era altissimo, super verde con sorprendenti fiori rossi. Dal suo arrivo, passavo le giornate una dopo l'altra sul balcone seduta a guardarlo, ed è avvenuto in maniera molto naturale che cominciammo a parlare. Non saprei dire né quando né come è iniziata la nostra prima conversazione, una sensazione di profonda comprensione e empatia è semplicemente diventata linguaggio verbale, parola con suono. Ero abituata a parlare alle mie piante, non a riceverne risposta. Da lì non ci siamo più fermati, sentivo anche la farfalla e poi il ragno, Ugo il fusto ed io eravamo in grado di parlare con tutti gli animali che visitavano il mio balcone.

E un giorno, sempre in quel periodo a questo coro di voci, chiacchiere e pensieri, si è aggiunta la tua voce, abbiamo iniziato a chiacchierare con il pensiero mentre tu sedevi sul tuo divano dal quale si riesce a prendere il sole comodamente sdraiati in casa a Poblenu e io sulla mia seggiola a sdraio in balcone a Bologna. Con gran naturalezza, come avessimo sempre fatto così. Come se nell'impossibilità di immaginare il domani, avessimo ottenuto in regalo un oggi più pieno e facilmente condivisibile con gli altri, umani e non.

Probabilmente queste antenne sono sempre state lì, ma nel rumore non riuscivamo a sentirle.

Ti abbraccio forte, Lisa



Camaiore, 25 de marzo de 2040

Elena,

Anoche soñé contigo y me desperté con el deseo de escribirte. Estuve pensando en cuando fue la primera pandemia, hace muchos años, en marzo de 2020, cuando incluso desde lejos estuvimos cerca. Tú en Barcelona y yo en Bolonia. Como cuando tiras de un hilo de lana poco a poco y lentamente se deshace el ovillo y, cada vez más rápido, cobra vida independientemente de las intenciones, me sentí abrumada por los recuerdos.

Y, de repente, reviví las emociones de esas semanas que desafiaron lo imaginable y cambiaron el modo de ver el futuro, la ilusión de poder organizarlo, dominarlo, doblegarlo a nuestra voluntad. Fue entonces cuando descubrí que podía hablar con plantas y animales, sentir los pensamientos y sentimientos de personas lejanas, lo que ahora llamamos la forma más simple y difundida de comunicarse, la empatía telepática universal, no existía. Era inimaginable.

En un momento, sentí los sentimientos de esa época como si fueran de hoy, miedo, confusión, desorientación, pérdida. Y también la soledad, la tierra que falta bajo tus pies, un silencio como no lo habíamos oído nunca, compacto como el cemento.

Cuando comenzó el confinamiento, durante muchos días, apenas me despertaba lloraba mucho. Un llanto que provenía de la raíz de los pies y se abría paso a través del cuerpo de una manera impetuosa, transformando la primera respiración de la mañana en el llanto de un bebé recién nacido. Había empatizado con el luto generalizado, el sufrimiento y la pérdida de seres queridos, sin poder despedirse de ellos, desde mi pequeñez sufría por la lejanía de todos los seres queridos, mi familia en la zona más afectada por el virus, los trabajos, que siempre habían sido una pasión nutritiva, una fiesta de visiones, proyectos, viajes y encuentros, cancelados uno tras otro, pospuestos, desplazados del día del mañana al año del nunca.

Para mi cumpleaños, mis amigos me habían regalado un hermoso árbol, un granado. Lo llamé Ugo il Fusto, porque era muy alto, súper verde con sorprendentes flores rojas. Desde su llegada, pasé los días uno tras otro, sentada en el balcón mirándolo, y sucedió de forma muy natural que empezamos a hablar. No sabría decir cuándo o cómo comenzó nuestra primera conversación, una sensación de profunda comprensión y empatía se convirtió simplemente en lenguaje verbal, palabra con sonido. Estaba acostumbrada a hablar con mis plantas, no a obtener una respuesta. Desde ese momento ya no paramos, oía también a la mariposa y después a la araña, Ugo il Fusto y yo podíamos hablar con todos los animales que visitaban mi balcón.

Y, un día, todavía en ese período de coro de voces, charlas y pensamientos, se agregó tu voz, comenzamos a conversar con el pensamiento mientras tu estabas sentada en tu sofá desde el cual se puede tomar el sol cómodamente tumbado, en tu casa de Poblenu y yo en mi tumbona en el balcón de Bolonia. Con gran naturalidad, como si siempre lo hubiéramos hecho así. Como si en la imposibilidad de imaginar el mañana, hubiéramos obtenido de regalo un hoy más completo y fácilmente compartible con los demás, humanos y no.

Probablemente estas antenas siempre han estado allí, pero, con el ruido, no conseguíamos oírlas.

Te abrazo fuerte, Lisa